

EL SENTIDO DEL *QUIJOTE*

El propósito literario de Cervantes: la ejemplaridad

El modelo literario de Cervantes se nos deja entrever en los dos únicos poemas que no remiten a los libros de caballerías de los que prologan *El Quijote* y quedan además ambos bajo el mismo título «Del donoso, poeta entreverado a Sancho Panza y Rocinante», siendo el poeta lógicamente Cervantes mismo y donde el poema dirigido a Rocinante refiere al *Lazarillo* (1554) y el de Sancho a *La Celestina* (1499) y este concluye calificándolo como «libro, en mi opinión, divino si encubriera más lo humano», esto es decir, si no mostrase tan crudamente las bajezas humanas.

La Celestina no solo mantiene el estilo realista que caracteriza a la literatura española de las tres culturas frente a la europea, algo que ha sido puesto de manifiesto por nuestros filólogos, sino que dirige su crítica contra el Idealismo en su forma gótica-cristiana al presentarnos una revisión realista del amor, el más alto concepto en la jerarquía idealista, mediante la exposición de la insensatez del enamorado y de cómo es manipulado por aquellos que conocen su motivación y la ponen al servicio de sus intereses, y esos intereses o motivos de los manipuladores son la codicia y la lujuria: los aspectos ‘humanos’ a los que refiere Cervantes que impiden que *La Celestina* sea un libro divino. De modo que, si la crítica o desvelamiento del Idealismo como manipulación no es desacertada en *La Celestina*, y no lo será en la picaresca, no deja por ello de asumir una parte consustancial al idealismo al atribuir la causa del mal a la naturaleza humana, sometida a la *corrupción del mundo sensible*, sublunar según dice Platón, y siendo esto así resulta que *La Celestina* adolece de soluciones y nos conduce de cabeza a un callejón sin salida cuyo resultado final es *El Guzmán de Alfarache*, (1599) mediante el que Mateo Alemán expone la maldad irremediable de este mundo ante la cual solo nos cabe poner la vista en Dios y esperar otra vida, etc.

Cervantes disiente de este planteamiento así como de su resultado y asume el reto de mantener el punto de vista realista ejemplarmente. Cervantes, digámoslo de inmediato, encuentra el origen del mal en la naturaleza previa al ser humano, en sus circunstancias, en las que se da la violencia y el arma, («que es lo mismo las armas que la guerra»

Discurso de las Armas y las Letras), pero el mal no es propio de la humanidad o naturaleza humana misma, por tanto esta es básicamente libre o tiene la facultad o capacidad de serlo, simplemente ocurre que nos vemos llevados al mal reactivamente, involuntaria e incluso inconscientemente coaccionados por esa realidad determinada por el arma.

Sobre la ejemplaridad del *Quijote*, la novela del *Curioso Impertinente*

La aparente falta de conexión entre las aventuras de don Quijote y la novela del *Curioso Impertinente* se nos aclara plenamente por su relación con el propósito ejemplar de Cervantes que ilumina a ambos a una luz. La ejemplaridad que se propone Cervantes, tanto en *El Quijote* (1604) como en las novelas que llevan ese nombre, se nos manifiesta con la máxima intensidad en este extraordinario caso de los adúlteros virtuosos, ¿podría darse algo más alejado de los planteamientos de la picaresca? Y, sin embargo, comparte su esencia con el género en el objeto de mostrar – ¿qué mejor que con un caso de adulterio?- la distancia entre las figuraciones de las palabras, así como otras representaciones (particularmente la que hace Camila) y la realidad que esconden.

En el extraño caso del *Curioso Impertinente* Camila y Lotario engañan a Anselmo contra su ‘voluntad’ pues no es la lujuria o la falta de respeto de estos a su marido y a su amigo lo que les lleva al adulterio o a la traición sino las circunstancias, el condicionamiento a las que les somete el loco Anselmo. Esas circunstancias son, pues, la causa de su conducta generadora de caos y no la maldad de la naturaleza humana. Se nos muestra además en la novela de modo minucioso cómo se produce también el *cambio de mentalidad, de principios, de ideas* de los fieles amigo y esposa hacia la condición de amantes adúlteros y traidores sometidos a la atracción de sus cuerpos. Cervantes lo expresa de este modo:

Rindióse Camila, Camila se rindió... Pero ¿qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Ejemplo claro que nos muestra que solo se vence la pasión amorosa con huilla y que nadie se ha de poner a brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas.

Y hablando de fuerzas divinas, nótese el lugar de Dios –expresión máxima del Idealismo- en el *Curioso Impertinente*:

Pero, fiada en su bondad, **se fio en Dios** y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando a todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar más cuenta a su

marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera como disculpar a Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasión que le había movido a escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro día escuchando a Lotario, el cual cargó la mano de manera que comenzó a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo hartos que hacer en acudir a los ojos, para que no diesen muestra de alguna amorosa compasión que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habían despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendía.

En la Segunda Parte del *Quijote* se mantiene este mismo propósito ejemplar, algo que podemos ver explícito en el escrito de aprobación del licenciado Márquez Torres, atribuida al mismo Cervantes, en el que se incide muy repetitivamente en ese carácter distintivo del *Quijote* en contraste con otros que quieren enseñar dando mal ejemplo.

Origen y sentido del *Quijote*

En el año 1933 Dámaso Alonso publica *El hidalgo Camilote y el hidalgo don Quijote*ⁱ trabajo que, quizás desapercibido por el estallido de la guerra civil, reeditarán en 1958 y otra vez en 1968 entre varios ensayos de su libro *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*. Dámaso Alonso señala la influencia sobre *El Quijote* del estafalario personaje Camilote que aparece con su feísima amada Maimonda entre otros personajes del *Primaleón* (Francisco Vázquez, 1512), libro de caballerías que gozó de gran popularidad a tenor de las muchas ediciones que se hicieron a lo largo del siglo XVI. Señala Dámaso Alonso siete coincidencias entre Camilote y don Quijote que considera excesivas como para ser obra de la casualidad. Solo les diferencia que Camilote exige a caballero tras caballero confesar la belleza de la fea Maimonda o batirse con él en duelo a muerte y tras matar a varios caballeros resulta muerto él mismo a manos de don Duardos, mientras que don Quijote se nos presenta en un tono cómico. Pero también repara Dámaso Alonso en que sobre don Duardos, el matador de Camilote, hace una versión el genial dramaturgo Gil Vicente, *La Tragicomedia de don Duardos* (Gil Vicente, 1522), en la que de modo idéntico a *El Quijote* se centra solo en el aspecto humorístico de Camilote y señala que Cervantes muy seguramente también leyó la obra de Gil Vicente dado el enorme interés por el teatro de Cervantes y nos consta su estancia en Portugal. Alonso concluye su ensayo en que, aunque *El Quijote* pudiera tener otras influencias, «ninguna de ellas explicaría la idea central del libro: la fe en la hermosura de su Dulcinea, su Maimonda, tratada en vano de ser impuesta al escéptico mundo».

Diversos autores, como Maldonado de Guevara (*La maiestas cesárea en el Quijote*, 1947) o José Antonio Maravall (*El humanismo de las Armas en El Quijote*, 1948), han señalado que *El Quijote* es una crítica a los ideales imperiales españoles, particularmente a la cultura caballeresca y utópica importada con la corte de Carlos V, cuyo imperio se desplegaba hacia los cuatro puntos cardinales para *hacer confesar*: al Oeste conquistando América a fin de convertir a los indígenas al cristianismo, al Norte y Este luchando contra los anglicanos y protestantes y al Sur haciendo frente a los infieles turcos y musulmanes en general, al tiempo que reforzando también la *confesión* en el interior con la Inquisición y con las expulsiones de judíos y moriscos. Sin embargo, sostenemos que el significado del *Quijote* va más allá de cualquier coyuntura.

La aventura de don Quijote que refleja nítidamente la actitud del hidalgo Camilote es la segunda, la del encuentro con los comerciantes toledanos, a los que don Quijote quiere hacer confesar y creer que Dulcinea es la más hermosa y así nos lo manifiestan las palabras claves del episodio que se repiten un buen número de veces en él, incluso una detrás de otra: « (...) habéis de creer, confesar, jurar, afirmar y defender... ».

Ese modo de pensar realista lo utiliza de hecho la *inteligencia*, también conocida como *servicio secreto* de los estados, en tanto que pone entre paréntesis el contenido de la confesión o lo que piensen o esperen los creyentes de la misma; ir al cielo, ser felices, lograr justicia, etc. y atiende solo a su efecto en términos de *alineamiento*, *sometimiento* o *toma de partido* y podemos decir que la novela de Cervantes publica, universaliza ese *secreto*, exponiendo la *inteligencia* por vez primera a los ojos del género humano en consonancia con el completo descubrimiento del mundo de su época.

El idioma árabe, del que Cervantes tenía sin duda nociones, nos acerca también a esta perspectiva si consideramos que su palabra paz, *salam*, resulta ser lo mismo que sometido, fiel o creyente, *muslim*, todas estas palabras de la misma raíz *slm* que las aporta su significado. Ese punto de vista subyace en el Discurso de las Armas y las Letras, lectura difícilmente comprensible, si no inadmisibile, para españoles o cristianos, cuando en él se lee que el Maestro enseñó a los suyos que «cuando entrasen en alguna casa dijese: “Paz sea en esta casa».

Pese a la gran similitud de la segunda aventura con el caso Camilote, probablemente se muestra aún más intensa y detalladamente esa inteligencia en la primera, la del encuentro con el pastor Andrés y el rico labrador Juan Haldudo. El recientemente armado caballero encuentra a Andrés *confesando y prometiendo*, pero no podemos decir que la verdad, pues obviamente reacciona como mejor puede a los latigazos que le está propinando su amo. La llegada de don Quijote y su amenaza apuntando la lanza a la cara del labrador hace que sea ahora este el que entre en pánico y *confiese y prometa*. Incluso las sagradas matemáticas platónicas en las que se funda el idealismo filosófico son objeto de burla en virtud de la lanza amenazante. Repasa: nueve meses a siete reales, setenta y tres reales, esa es la deuda con el pastorcillo establece don Quijote, a lo que no replica un atemorizado Juan. Finalmente, se retira don Quijote y Juan vuelve a flagelar a Andrés con redoblada saña sin que el autor nos refiera o detalle los hechos que han generado el conflicto. No olvidemos que Cervantes es Dios, que necesariamente sabe todo, pues ese todo es justo lo que quiere saber ante el papel en blanco y, por lo tanto, solo es de interés para la historia el fenómeno de la fuerza actuando como motor de la confesión, mientras que carece de él la llamada *contradicción* o causa puntual del conflicto, de la que el autor no nos da noticia, muy en contraste con lo puntual que es en aclararnos todo en el resto de las aventuras del caballero. Es esta también una aventura de especial brillantez y pertinencia en la crítica al modo de pensar idealista en tanto este asume que las armas solo actúan puntualmente y luego rige el ‘derecho’, sin embargo, el caso de Juan Haldudo nos manifiesta que la presencia de la amenaza de las armas es requerida para que se confiese y cumpla aquello *acordado y prometido* al acabar el tiempo que dura el desafío, guerra o violencia explícita.

Expuesto, pues, el origen y destino del *Quijote* nos surge de inmediato una reflexión ulterior: tampoco sus contemporáneos, o los más significados de estos, tenían duda de cuál era el sentido de *El Quijote*. Sabemos ya el temprano dictamen o, más bien, amenaza de Lope: «no hay poeta tan necio que alabe *El Quijote*» (Lope, 1604)ⁱⁱ pero, a despecho de Lope, *El Quijote* triunfó ante el «desocupado lector» al que apela Cervantes en el Prólogo, el lector sin función pública o militancia remunerada, y de ahí posiblemente la respuesta y el intento disolvente de la beata publicación de Avellaneda (1614) que coge a don Quijote de su mano para acabar dejándolo en el manicomio bajo la protección del Nuncio de Toledo.

¿Avellaneda? Bien pudo ser seudónimo de Lope, el Ave Fénix, a quien Góngora (1561-1627) en ocasiones llama “Llana” (Poema «Patos del aguachirle castellana»), en lugar de Vega, para poner de relieve su superficialidad. Igualmente, la repetida mención del «sinónimo voluntario» en el Prólogo al *Quijote* apócrifo bien puede referir a Camilote. Afortunadamente, Cervantes aún nos dejó otro *Quijote* cortado de la misma tela del primero para que no hubiese duda.

Y una buena muestra de ello la tenemos en el capítulo LVIII de la Segunda Parte precediendo a la noticia del apócrifo, donde tiene lugar el famoso encuentro con los caballeros santos, pasaje que frecuentemente se lee como hito en ese peregrinaje del héroe hacia su destino en devotísima conversión. Las imágenes de estos caballeros están cubiertas y el texto abunda en *descubrirlas* (es muy propio del estilo cervantino repetirse en lo que quiere enfatizar):

Fue a quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de San Jorge puesto a caballo, con una serpiente enroscada a los pies y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse.

—Este caballero fue uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse don San Jorge y fue además defensor de doncellas. Veamos esta otra.

Descubrióla el hombre, y pareció ser la de San Martín puesto a caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto don Quijote, cuando dijo:

—Este caballero también fue de los aventureros cristianos...

Pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del Patrón de las Españas a caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola, dijo don Quijote:

—Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo: este se llama don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el cielo.

Luego descubrieron otro lienzo y pareció que encubría la caída de San Pablo del caballo abajo, caballero andante por la vida y santo a pie quedo por la muerte.

—Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas, sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos **conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza**¹ (II – LVIII)

¹ Esta misma expresión, en la que equipara las *ideas* al *cielo*, se utiliza en el Discurso de las Armas y las Letras de la Primera Parte y expone el sentido del *Quijote* al que nos referimos, la percepción de Cervantes de las ideologías como confesiones forzadas a causa en último término del inmanente estado de guerra, pero ajenas al discurrir del pensamiento natural de las personas. Seguir luchando por valores e ideas, pero hacerlo contra molinos de viento, un ejercicio estúpido e inútil, se trata de que encaremos esa realidad, cuyo elemento determinante, como ya dicho, es el arma y la consecuente división humana en unidades armadas o estados, como se ve en que, en efecto, unirnos no es otra cosa que dismantelar fronteras y desarmarnos.

Y aún conviene continuar leyendo el capítulo para ver cómo don Quijote es, tal como dice, tan caballero como ellos. Después de explicar a Sancho lo que significa *¡Santiago y cierra España!*, encuentran a un grupo de gente que se entretiene representando *La Arcadia*, gente que invita y trata muy cortésmente a don Quijote, quien, por ello, les quiere pagar con su moneda o virtud caballeresca y se pone en mitad del camino para hacer confesar como los santos, diciendo:

...sustentaré...que estas señoras zagalas... son las más hermosas doncellas y más cortesas que hay en el mundo, excetando solo a la sin par Dulcinea del Toboso, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.

Es entonces cuando llegan los lanceros con los toros

Confesad, malandrines, así, a carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado; si no, conmigo sois en batalla.

La realidad humana

Los hechos históricos del tiempo de Cervantes, tales como la expulsión de los moriscos así como las verdaderas historias de moros y renegados sirven para apuntalar la *tesis* novelística-histórica del *Quijote*. Y ahí tenemos como bien significativo ejemplo el diálogo con Lela Zoraida en el mismo capítulo y como introducción al discurso de las Armas y las Letras, a la que le preguntan cuatro veces, cuatro, si estaba bautizada. Se adelantará a contestar en su lugar el cautivo y ella, aunque no está bautizada, «llena de angustia y donaire» interviene para decir que su nombre es María, Zoraida *macangue* - que quiere decir *no*, nos traduce el autor. ¿Pensamos, acaso, que les preocupaba a sus inquisidores la salvación de su alma? Si Zoraida se bautiza sus hijos serán *buenos*, lucharán a nuestro lado, pero si no se bautiza serán malos, demonios, endriagos, gigantes, *yihadistas*.....hasta hoy día ¿por los siglos de los siglos? A esto refiere la enigmática aventura de los molinos de viento tomados por gigantes, historia bajo la cual Cervantes no pone nombre como hacia Orbaneja bajo sus pinturas.

La experiencia internacional de Cervantes como militar y, sobre todo, como cautivo cinco años en Argel motivó y aportó un elemento determinante a ese caldo de cultivo de la literatura realista española, tanto más ante la clara evidencia de la condición

e igualdad humana básica, independientemente del ámbito, estado o ideología en que se desenvuelva, en contraste con la incompatibilidad de sus *figuraciones* que, sin embargo, paradójicamente se presentan como nuestro medio propio de integración. El Idealismo nos hace vivir en un sueño, en una utopía que nos impide comprender y encarar la realidad de la existencia humana que es virtual y, por tanto, solo captada por la inteligencia. La doctrina a la que hace referencia el Discurso de las Armas y las Letras es el *si vis pacis parabellum*, si quieres la paz, prepara la guerra -esto es, ármate, siempre más y más y más, de lo que nos resulta algo incuestionable, obvio y siempre presente y que también se nos oculta: que las armas son la producción suprema del hombre y el extremo de toda su capacidad en todo tiempo y lugar, del modo que el ser humano está abocado a acumular sin límite. El sentido último del Discurso se obtiene en la comprensión de que no hay diferencia alguna entre las penurias de un soldado cristiano o español y de otro país o de otra religión cuyo último término es:

“y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes.” (I-XXXVII)

Las armas

El Quijote se propone desvelarnos la realidad oculta tras el Idealismo. Releamos la locura del hidalgo:

Se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto.... y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de **desafíos**....y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello....se enfrascó tanto en su letura....y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía....rematado ya su juicio....le pareció conveniente y necesario hacerse caballero andante y **irse por todo el mundo con sus armas y caballo**.... Y **lo primero que hizo fue limpiar unas armas**.... (I-I)

Si obviamos las especulaciones del caballero sobre los nombres, la actividad de don Quijote es proveerse de armas y *armarse caballero*, y esto último se consigue con simplemente velarlas, por cuanto exponer que le pertenecen es lo mismo que declarar

soberanía, derecho al uso del arma o calidad de caballero, lo que le vale adecuadamente para dar comienzo a la búsqueda de aventuras.

Lo usual es considerar las armas por su acción, esto es; la destrucción o muerte que puntualmente causan, sin embargo, el arma nos fuerza o determina virtualmente con la amenaza de daño y con la realidad de la privación, pero, lo que es más importante, sin que medie voluntad (malvada) alguna. Cervantes es bien consciente de ello y nos lo quiere mostrar de inmediato, por eso, las primeras personas que vieron a don Quijote en el mundo, las mozas de la venta

(...) como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta” (y este) “coligiendo por su huida su miedo” (tuvo que retenerlas con palabras tranquilizadoras) “...no fuyan las vuestras mercedes...” (I-II)

Y continúa con sus caballerosas palabras hasta mover a risa a las jóvenes. Entonces sale el ventero:

(...) el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Más, en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente (I-II)

La simple presencia de las armas sin que medie acción ni indicio de voluntad alguna es suficiente para provocar, en el primer caso, y modificar, en el segundo, el comportamiento de los presentes. Y más allá incluso de la presencia, el hecho de su simple existencia en la naturaleza, anterior a cualquier tipo de conciencia en el ser humano, es suficiente para constituirse en el elemento más determinante y nos lleva ineludiblemente a estar organizados en unidades armadas o estados y a que nuestra única forma de relación sea sumisión en un sistema jerárquico o cadena de mando o, de lo contrario, desafío.

Cuando vuelven a encontrarse en la venta con el barbero al que robaron el *baciyelmo*, la argumentación de don Quijote es la siguiente: sobre la albarda no sabe, pero sobre el yelmo que, por cierto, posiblemente le libró de la muerte a pedradas de los galeotes, dice

(...) fue, es y será yelmo de Mambrino, el cual se le quitó yo en buena guerra, y me hice señor dél con ligítima y lícita posesión! (I-XLV)²

¿Medió, acaso, conflicto alguno para que pueda hablarse o no de legitimidad o licitud? Ninguno. Simplemente el yelmo –al menos para don Quijote- es un arma –«que es lo mismo decir armas que guerra». La argumentación sobre la ilegalidad de la acción de don Quijote se basa naturalmente en que el objeto en cuestión es civil, pero también una bacía, tal como la albarda, o una ínsula, son botín o ganancia de las armas, su privación, la *justicia distributiva* de la que se habla en la aventura de Roque Quinart, que es también motivo por el que Sancho acompaña a don Quijote.

***El Quijote* y la especificidad de la filosofía española**

En «Una visión cristiana de *El Quijote*», el título del prólogo de Julián Marías al libro de Denis Armand Gonthier, *El drama psicológico del Quijote* (Armand Gonthier, Denys, 1962)ⁱⁱⁱ, señala Marías que la idea del yelmo no es de don Quijote sino del barbero, al que se le ocurrió ponérselo en la cabeza. Pues bien, según esto se le ocurrió antes a Cervantes y así lo advierte y señala acertadamente Antonio Gómez Galán precisamente comentando esta misma escena en su artículo «El día y la noche en *El Quijote*»^{iv} publicado en *Arbor* en 1961. Esta relación, que va más allá de las palabras, es relativa a la intención –aquí escenificadora del autor del *Quijote*, y es también la que produce y capta la inteligencia, lo que hace a los hombres discretos, más allá de las palabras en las que se quedan los simples. Cervantes, dice Gómez Galán, hizo llover –«Comenzó a llover un poco», se lee en el texto- para que el barbero se pusiera la bacía en la cabeza.

Marías expone brillantemente el concepto de la *razón vital* que comparte con Ortega en el primer capítulo de otro libro también relacionado con Cervantes y *El Quijote*, *La imagen de la vida humana y dos ejemplos literarios: Cervantes y Valle Inclán* (Marías, Julián, 1971), donde afirma:

Lo que llamamos entender consiste en hacer que algo funcione dentro de mi vida. Se entiende, por ejemplo, lo que es un objeto, una pluma, un vaso, un cuchillo, anticipando en la imaginación la función vital que es escribir, o beber, o cortar, viendo el objeto en

² El título del capítulo XLV de la Primera Parte es: «Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad».

cuestión ejecutando virtualmente esa función; si yo muestro una pluma a alguien que no sepa qué es escribir, que no conozca esa posibilidad humana, jamás verá una pluma.^v

El modo en que vivimos es, en efecto, anticipando (virtualmente). Sin embargo, Marías continúa:

Es mi proyecto el que se interpone y se intercala entre la realidad y yo, el que hace las cosas o cosifica lo real, porque el proyecto, que no solo es algo real sino una potencia realizadora, es él mismo una realidad imaginaria. Esto es una mesa porque proyecto sobre ella apoyar los codos, poner un libro o un vaso encima; pero se convierte en leña ante el proyecto de hacerla arder en la chimenea; en balsa como resto de un naufragio...

Vemos aquí por qué Marías quiso hacernos notar que era el barbero quien proyectaba desde la bacía el yelmo, pero no es correcto decir que esto es una mesa porque yo proyecto apoyar los codos sobre ella sino más bien que ella me proyecta a mí esa posibilidad de apoyarlos o apoyar otras cosas. Por eso el vitalismo ortegiano y español, que pude hundir sus raíces en la literatura del siglo XVI, resulta al fin un idealismo, introducido con la idea de 'proyecto'. No hay tal 'yo soy yo y mis circunstancias', solo hay circunstancias.

Estamos de acuerdo con Marías en un buen trecho: si vemos una mesa patas arriba, afirmaremos sin duda alguna que está mal puesta, pero solo porque conocemos su uso, pues alguien que lo desconociera no podría decir si está mal o bien puesta –algo que ya afirmaba Marías al decir que quien no sabe para qué sirve una pluma no sabe que es una pluma aunque la tenga en la mano. Pero lo que aquí nos importa señalar es que no hacemos consciente ese *entendimiento* del uso de la mesa sino que lo anticipamos *incorporándonosla* virtualmente. Con el arma sucede igual, solo que su *incorporación* virtual se nos genera de dos modos opuestos: empuñándola y encarándola y esa experiencia virtual, pero real, nos vuelve esquizofrénicos, nos divide e inexorablemente nos enfrenta y su resultado es el conocido, *si vis pacis parabellum*, ármate todo lo que puedas aún contra la obviedad de que lo racional, humano y bueno es la cooperación de todos por el beneficio común.

Vivimos, en efecto, anticipando, preocupándonos de cómo mejorar y, sobre todo, conservar la vida pero nos resulta que –aunque sea inconscientemente– lo más urgente e importante es ocuparnos de lo que está ahí para quitárnosla, un objeto que, si bien nos afecta virtualmente ejerce el efecto real de la privación –la definida en la propiedad privada y, esencialmente, en la soberanía.

Las ‘Letras’

Si el prólogo del Discurso de las Armas y las Letras, como ya mencionamos antes, es el caso de la inquisición a Zoraida, su epílogo es la historia del cautivo en el que nos presenta Cervantes la «bandera blanca de paz» en el momento crucial del encuentro y vínculo entre ambos miembros de los irreconciliables e incommunicables bandos.

La bandera blanca es la señal que puede ofrecer una referencia alternativa e inequívoca a las ‘Letras’ frente a las Armas, infundirlas el espíritu necesitado para detener la violencia que permita y active la comunicación para el desarme, que ‘es lo mismo decir desarme que comunidad humana’.

Con el desarme o humanidad las figuraciones idealistas desaparecerán como el humo cuando cesa el fuego, pues ese cambio de circunstancias también resultará en el cambio de nuestra manera de pensar.

Pero ahora solo el modo de pensar realista capta tanto el efecto virtual del arma como el sentido de la bandera blanca, mientras que en el marco vacío e inconsciente del idealismo y de la confesión, no hay más que someter o ser sometido y, por lo tanto, la bandera blanca solo se identifica con rendición³.

La historia del cautivo en Argel tiene en Cervantes dos antecedentes: una primera en *Los baños de Argel*, compendio de lugares comunes que ha dado lugar a considerar esta obra como diseñada para recaudar dinero para los cautivos a base de conmover o sugestionar al espectador, y otra posterior, *Los tratos de Argel*, obra mucho más compleja y sutil que, representada, mostrará repetidamente el paño blanco al espectador desde las ventanas sobre el escenario, aunque no se mencione con el nombre bandera blanca que propiamente es un término militar, un término de las Armas.

³ Pienso que un número de intelectuales españoles han estado cerca de entender el *Quijote*, pero muchos de ellos, con la importante excepción la de Dámaso Alonso –que tampoco se atreve a llegar a sus últimas consecuencias, no solo no nos han puesto en camino sino que históricamente nos distraído y extraviado intencionadamente, pues han quedado, cuanto menos, confusos e incapaces de compartir su entendimiento, ante el que han sentido horror desde su mundo idealista sin alternativas. No ya que hayan intentado tergiversarlo intencionadamente como, por ejemplo, a mi entender, es el caso claro de Unamuno, y explícitamente así reconocido y dicho de Giménez Caballero, cuya biografía de Cervantes de una vida de miseria –que tanto se usa- tiene por objeto explicar el *resentimiento* de este hacia España, a la que ha perjudicado tanto, tal como dice también Byron y muchos otros, Y sospecho que este es el caso también del mismo Menéndez Pidal, primero defendiendo la extraña deuda del *Quijote* con el *Entremés de los Romances*, ¡obra publicada, con (otras) obras de Lope en 1612! Y luego con su extraña defensa del idealismo caballeresco del *Quijote* ¡porque esa es la interpretación más extendida (entre los extranjeros)! Y ese mismo fue el caso de Lope, muy posible autor del apócrifo, etc.

Pero vayamos a la Segunda Parte, al capítulo XVII tan famoso de los Leones titulado «Donde se declaró el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote con la felicemente acabada aventura de los leones».

Tal como hemos mencionado, la intención del autor realista se obtiene cuando se capta el artificio de la escenificación, esto es, el acopio por la fuerza impensada del azar -como lo fue la lluvia para el yelmo de Mambrino- de los componentes y factores necesarios para que se produzca el hecho deseado, en este caso la aventura de los requesones, que no es una simple broma o anécdota; con ellos se ducha a don Quijote de suero, de modo que se nos hace verosímil que no se lo meriende el león y le sirve igualmente al autor para que aparezca el paño blanco, el objeto necesario para dar fin a la aventura que ya se nos anunciaba en el capítulo previo como «la del carro de las banderas». Es la simple vista en la lejanía del «carro de las banderas» la que hace requerir apresuradamente a don Quijote las armas, seguro de que con las banderas se acerca la ocasión de la *hazaña*. Y ya en el capítulo XVII (releer el título), según se va acercando, se menciona otra vez el «carro de las banderas», en total cuatro veces, cuatro, todo para que, una vez que el león desprecie a don Quijote, éste pide al leonero que cierre la jaula:

Hízolo así el leonero, y don Quijote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó a llamar a los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza a cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho a ver la señal del blanco paño, dijo:
—Que me maten si mi señor no ha vencido a las fieras bestias, pues nos llama.

La bandera blanca no equivale a rendición sino al contrario, a la libertad como autodeterminación en el entendimiento previo de nuestra interdependencia, pues cesar unilateralmente la violencia, el emprendimiento para el daño (la producción de armas) e incluso la inhumanidad resulta en sumisión, en lo contrario así a lo que se pretende, pues resulta ineludiblemente en el servicio y en la integración en otra unidad armada y, por tanto, además en la pérdida de la posibilidad misma de hablar, proponer.

El cese de la violencia y del emprendimiento para el daño pasa, sin embargo, ciertamente primero por su convocatoria a la comunidad humana y no requiere acción unilateral alguna, más allá de, en efecto, la misma convocatoria –que es lo que realmente sucede con el levantamiento de la bandera blanca, momento en el que no se ha producido desarme alguno.

El *cambio*, la sustitución de nuestra división en unas 200 unidades armadas a la comunidad humana solo puede realizarse con el acuerdo y la coordinación de todos. Si nos unimos, es decir, si nos des-*insulamos*, si vivimos juntos o convivimos, ¿Cómo podría haber ejércitos? Ni siquiera uno, pues obviamente son unos por otros y por nada más. Ni siquiera existirá el objeto arma, pues, igualmente, unidos, ¿cómo podríamos admitir el emprendimiento para el daño, lo que, sin embargo, ahora es la actividad humana suprema?

Epílogo

Lo mejor es devolver la palabra a Cervantes y juzgue el lector mismo un caso que tantos admiran y no saben por qué, una escena más a la que Cervantes no pone el nombre debajo como hacía el pintor Orbaneja, que ahora se le va a mostrar claro y evidente ante sus ojos.

Y, dividiéndose los dos (regidores) según el acuerdo, sucedió que casi a un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron a buscarse, pensando que ya el jumento había parecido, y en viéndose, dijo el perdidoso: «¿Es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznó?». «No fue sino yo», respondió el otro. «Ahora digo —dijo el dueño— que de vos a un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia.» «Esas alabanzas y encarecimiento —respondió el de la traza— mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre, que por el Dios que me crió que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo: porque el sonido que tenéis es alto; lo sostenido de la voz, a su tiempo y compás; los dejos, muchos y apresurados; y, en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera desta rara habilidad.» «Ahora digo —respondió el dueño— que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís.» «También diré yo ahora —respondió el segundo— que hay raras habilidades perdidas en el mundo y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas.» «Las nuestras —respondió el dueño—, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega a Dios que nos sean de provecho.» Esto dicho, se tornaron a dividir y a volver a sus rebuznos, y a cada paso se engañaban y volvían a juntarse, hasta que se dieron por contraseño que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznaban dos veces, una tras otra. Con esto, doblando a cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole, dijo su dueño: «Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues a no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, o no fuera asno; pero a trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto». «En buena mano está, compadre —respondió el otro—, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo.» Con esto, desconsolados y roncos se volvieron a su aldea, adonde contaron a sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; **y el diablo, que no duerme**, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó e hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo a alguno de nuestra aldea, rebuznase, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de en uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del

rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado a tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadrón han salido contra los burladores los burlados a darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza.

Un único y mismo hecho da lugar a una actitud franca, amistosa e ingenua entre los amigos y vecinos mientras genera una actitud maliciosa, agresiva en los pueblos cercanos. Es la organización violenta (jerárquica, política), con independencia de que esta jerarquía se obtenga por medios democráticos, por mayorías o por otro medio, proyectando violencia sobre el mundo⁴. Disculpe el lector por traicionar a Cervantes y poner nombre debajo del cuadro, pero no hay tiempo que perder.

Concluye, por cierto, Cervantes el caso de la guerra de los rebuznos recordándonos las inacabables guerras de los griegos, que no diferían un punto de ésta.

No es nuestra voluntad –al tiempo que no somos ni malos ni buenos- como asume el Idealismo, la que determina nuestro comportamiento sino nuestra circunstancia y es la circunstancia de unidad humana la que nos conduce a la paz y a la armonía humana, a la humanidad y a la comunidad, mientras que es la parcialidad –precisamente de las unidades armadas- la que nos sitúa en la posición inhumana en la que vivimos.

Pero ya pensar, anticipar esa humana unidad nos da noticia y nos permite, aún en la perversa situación presente, entendimiento de la realidad y la posibilidad que tenemos de cambiar las cosas proponiéndonos la unión humana a todos los seres humanos y realizándola conjuntamente, esto es, desmantelando las fronteras y ejércitos en acuerdo, reciprocidad, proporción o como consideremos todos mejor.

ⁱ ALONSO, Dámaso (1933): «El hidalgo Camilote y el hidalgo don Quijote», *Revista de Filología Española*, nº 20, págs. 391-397. Y ALONSO, Dámaso (1958): *Del siglo de oro a este siglo de siglas*. Madrid, Editorial Gredos (segunda edición en 1968).

ⁱⁱ LOPE DE VEGA, Félix Arturo (1604), Carta al Duque de Sessa.

ⁱⁱⁱ ARMAND GONTHIER, Denys (1962), *El drama psicológico del Quijote*. Prólogo de Julián Marías, Madrid, Studium.

^{iv} GÓMEZ GALÁN, Antonio (1961), «El día y la noche en el Quijote», *Arbor* Nº 49, p.185

^v MARÍAS, Julián (1971), *La imagen de la vida humana; y dos ejemplos literarios: Cervantes y Valle Inclán*, Madrid, Editorial Revista de Occidente, p. 9.

⁴ La desigualdad (jerarquía o cadena de mando estatal) equivale a la desigualdad de todo el género humano, pues, o los demás reproducen esa organización o son asimilados por ella y, por supuesto, en la parte más baja de la pirámide, como señalaba Rousseau (Rousseau, Jean Jacques. Oeuvres Complètes 2, *Que l'état de guerre nait de l'état social*, Editions du Seuil, 1971, Paris, p. 383.)